

## **Chiguará**

**A** 50 Kilómetros hacia el sur-oeste de Mérida, el valle del río Chama se amplía considerablemente. En aquel lugar se encuentran la Sierra de La Culata y la Cordillera de Tovar, formando un valle cerrado en forma de V, por donde baja el Chama hasta las llanuras del Lago de Maracaibo.

El lugar es bastante cálido y seco, pues los vientos provenientes de las llanuras, pierden su humedad después de entrar en contacto con la zona boscosa del cañón del río. Es un paisaje montañoso bastante yermo, con las laderas de los cerros muy erosionadas por los continuos deslaves y riadas y con un suelo muy pobre de origen cuaternario formado por sedimentos acumulados durante miles de años, de arenas arcillas y rocas color rojizo, que se desprenden con mucha facilidad de los taludes del camino.

Ocupando una pequeña planicie sobre las estribaciones de la Cordillera de La Culata, y retirada un poco de la carretera Transandina, se encuentra la población de Chiguará.. Tierra noble y generosa, de valientes guerreros chiguaraes, un pueblo de la gran familia Chama. Sus pobladores al ser sometidos bajo el régimen de las encomiendas fueron forzados a vivir en otros pueblos, como Tucaní y La Sabana, donde se les explotaba en las plantaciones.

Hoy es un pueblo pacífico, de vocación agrícola, asentado en un balcón a 927 metros de altitud en el valle del río Chama, de clima cálido y seco, con 850 mm de precipitaciones y con una temperatura media de 21.5<sup>0</sup>.

Una especie de portal con el nombre del pueblo, un poco más abajo del Llano del Anís, nos indica el lugar exacto donde se inicia la troncal que conduce a la población. Doblamos a mano derecha e iniciamos el ascenso a través de la carretera de pendiente suave y muy bien construida, en cuanto a pavimentación, obras en los taludes y brocales

se refiere. En los recodos nos detenemos a contemplar el amplio panorama del Valle del Chama. Los tonos rojos de los áridos perfiles se funden en el horizonte azul, recortado por la silueta imponente de la Sierra Nevada de Mérida.

La tierra, algo seca y tostada, permite tan solo el crecimiento de una vegetación xerófila muy particular, en donde destacan los cactus, las tunas, las pitas y los cujíes. Vemos algunas parcelas cultivadas de sábila que ya comienzan a florecer de amarillo. Poco a poco la flora comienza a transformarse en verdes matorrales a medida que subimos. Un rebaño de chivos se nos atraviesan desafiantes en el camino para luego ocultarse entre los chaparrales. Atrás dejamos las erizadas tunas y cactus y en su lugar surgen árboles de recias maderas y copas frondosas como los robles, cedros y caobas que matizan de verde al paisaje.

Al final del ascenso, la vía se vuelve más ancha transformándose en una pequeña avenida completamente plana. Se llega a una redoma en donde la vía se bifurca en dos: si continuamos en línea recta arribamos a Chiguará, si se tuerce a la izquierda llegaremos al Parque Xerófilo , del cual hablaremos más tarde. Inmediatamente, al pararnos en esta redoma y volver la mirada hacia arriba, aparece el poblado pegado a la montaña, con sus viejas casas que ascienden en escalera unas sobre las otras buscando las alturas.

Una iglesia blanca se asoma por encima de las casas, entre los árboles frondosos que dan sombra a la plaza, con su fachada orientada hacia el sur como guardando de alguna intromisión el amplio valle del Chama. Es una construcción reciente, muy sólida y robusta. Su fachada sigue un esquema muy poco usado en las iglesias de Los Andes como la erección de tres torres. El cuerpo principal presenta en su parte inferior una decoración de pilastras con capiteles jónicos que sostienen un friso horizontal. Dos torres cuadradas, que se elevan por encima de la fachada, unidas a una torre central, un

poco más alta, con arcos de medio punto, que dejan ver el campanario, rematadas en cúpulas semi -esféricas. La falta de separación entre las tres torres, así como las cúpulas sin tambor, le quita toda la gracia a esta iglesia, que luce bastante pesada, lisa y exenta de movimiento.

El amplio interior de tres naves se ilumina a apaciblemente a esta hora de la mañana por la luz que atraviesan los vitrales geométricos situados en el triforio. Afuera una escalinata, de blancas barandas, nos conduce hacia la plaza Bolívar. La plaza ha sido objeto de una remodelación reciente, bastante afortunada, al conseguir un espacio agradable, bonito y funcional que invita al disfrute de sus jardines de flores bien cuidados.

Chiguará posee muchas casas de genuina estirpe colonial, algunas de ellas de altillo como la que se encuentra en el ángulo sur este de la plaza Bolívar. Una casa bastante fuera de lo común por su planta pentagonal, con la parte superior un poco más reducida que la planta baja. En su interior encontramos un patio con jardines frondosos y una enredadera al lado de una pila de agua que le da frescor a toda la casa, aún en las horas mas templadas. En la parte alta del poblado vemos muchas casas suspendidas como balcones, que tienen solares de árboles frutales de todos los tipos. Las puertas principales, las ventanas de balaustres de madera oscura, los tejados bien aparejados y los blancos muros muy encalados de las casas le dan un cierto aire de pueblo andaluz. En el poblado, caminamos por sus calles retorcidas que ascienden siguiendo los caprichos de la topografía del recio paisaje. Chiguará es una muestra del esfuerzo de los hombres por habitar espacios en valles y montañas, sin destruir la naturaleza, creando una arquitectura propia, que se extiende en un tramado complicado de calles retorcidas que trepan por la montaña. Algunas casas han sido objeto de cierto cuidado especial por parte de sus dueños, pero otras no pueden ocultar las heridas del tiempo en sus techos de madera carcomidos, muros agrietados y aleros que amenazan con caerse.

Chiguará posee varias posadas para los visitantes. Entramos a una de ellas situada a una cuadra arriba de La Plaza Bolívar llamada "La Concha". La misma está ubicada en una casona vieja de dos pisos, recientemente remodelada. Nos agradó sobremanera la vista panorámica del pueblo, que se observa desde el balcón de las habitaciones. Realmente algo que vale la pena contemplar, por la sensación de paz y tranquilidad que transmiten los rojos tejados.

El propietario nos habla de las dificultades que tienen las pequeñas posadas en todo el Estado Mérida, para mantener sus puertas abiertas, por la falta de crédito y ausencia de planeamiento turístico. Es poco el flujo de visitantes en este pueblo. La población venezolana apenas está comenzando a valorar, en su real dimensión humana y cultural, a nuestros pueblos andinos.

El poblado luce un poco desierto en los días de la semana. Apenas alguna actividad comercial se manifiesta en las varias bodegas y carpinterías que posee, y el silencio habitual apenas es turbado por los juegos de los niños que retozan en la plaza al salir de la escuela. Pero los días sábados y domingo, se animan sus calles empedradas, con los campesinos que bajan desde las aldeas vecinas, a traer sus productos en jeep o lomo de mula, realizar sus compras y asistir a misa.

El Parque Xerófilo, que se encuentra a la entrada del pueblo, es realmente interesante por sus jardines. Se halla en la ladera de un cerro que se extiende hasta el cauce del río Chama. Entre los cactus enormes podemos pasear por senderos de rocas y admirar las especies xerófilas de la zona, que recortan sus figuras caprichosas erizadas de espinas, contra el cielo azul cobalto. Llaman la atención unas piedras enormes de forma circular, de origen desconocido para los lugareños.

Administrativamente, Chiguará es una parroquia del Municipio Sucre, con 7498 habitantes, quienes, se dedican en su mayoría a la agricultura. En sus alrededores se

encuentran cerca de 22 aldeas, entre las cuales tenemos, Bella Vista, San Pedro, Buruquel, La Roncona, El Verde, El Rincón y San Jacinto, en donde habitan más de 6 mil personas. En las zonas altas y páramos aledaños a Chiguará, se encuentran tierras muy fértiles que sustentan una producción agropecuaria considerable. En pequeñas fincas de topografía bastante irregular, se cultiva café, fique, tomate, yuca y apio, que luego es transportado hasta los mercados de Mérida. En medio de un paisaje muy verde tapizado por el quicuyo, surgen las bucólicas aldeas diseminadas por la sierra, unidas apenas por el hilo estrecho de una angosta carretera que serpentea entre lomas y valles de gran belleza. El ganado de altura, de raza Holstein, para la producción lechera, padece tranquilamente entre los húmedos potreros, indiferente ante la mirada curiosa del viajero osado que se adentra en un mundo muy remoto de encantadora rusticidad.

Hay una producción artesanal bastante importante en la región. Se tejen bolsos, petacas y sombreros con la fibra del fique. También se hacen las esteras de fibra extraída del tallo del plátano.

El lugar que ocupa la población estaba habitado, mucho antes de la llegada de los españoles, por la tribu de los chiguaraes. Durante la colonia fue un lugar de encomienda dependiente del pueblo de doctrina de La Sabana, y se conocía con el nombre de Chiguará de los Estanquez. La Sabana es hoy día un puñado de casas y se encuentra cerca de La Trampa, en la vertiente de la cordillera que mira hacia el Lago de Maracaibo. El número de indios se redujo considerablemente y en 1635 apenas contaba con 185 indios que cultivaban tabaco, maíz, caña y batatas y criaban algún ganado vacuno. En diciembre de 1656, el visitador Diego de Baños y Sotomayor, en una visita que hizo a la región, ordenó que los indios se desagregaran del pueblo de La Sabana y se trasladaran al sitio que hoy ocupa Chiguará. Desde aquel momento se ordenó que los indígenas asistieran a la doctrina de Lagunillas, para su formación espiritual.